

tra Señora, que tan fácil es de conseguir como provechoso después de conseguido. Dios vuestro Padre, Jesucristo vuestro Hermano, y la Iglesia vuestra Madre, os han invitado á ello por mi boca. Su voz es demasiado grata para que dejéis de oirla. Agregad á la obligación de obedecerla dócilmente el interés que tenéis en no apartaros de María, y acabaréis de convenceros del bien que os hacéis á vosotros mismos y á toda la cristiandad cuando rogáis por los pecadores, contándoos humildemente en el número de ellos y diciendo con toda confianza á María Santísima: *Refugium peccatorum, ora pro nobis.*

¡Ojala este clamor de nuestras almas sea recompensado con la conversión de un pecador, y sirva para nosotros de prenda de salvación eterna! Amén.

BOLARD.

## DISCURSO I

PARA EL DIA 28 DE MAYO.

### LA SANTÍSIMA VIRGEN PROTECTORA DE LA BUENA MUERTE.

PLAN.

LA SANTÍSIMA VIRGEN ASISTE Á LOS AGONIZANTES.

**PUNTO PRIMERO.**—Pruebas sacadas de la Escritura.

SUBDIVISIONES.—1. Antiguo Testamento.—2. Nuevo Testamento.

**PUNTO SEGUNDO.**—Testimonios de la tradición.

SUBDIVISIONES.—1. Santos Doctores.—2. Ejemplo.

**PUNTO TERCERO.**—Doctrina de la Iglesia

*Ora pro nobis in hora mortis nostræ.*  
Ruega por nosotros en la hora de nuestra muerte.

(SALUT. ANG.)

**L**UEGO que hayan pasado para nosotros, H. M., los años que Dios se haya servido concedernos, ha de llegar para cada uno infaliblemente el último y terrible día. Entonces estaremos tristes, abatidos y anonadados, porque veremos próxima é inevitable nuestra muerte.

En aquellos momentos será muy cruel la ansiedad de nuestra alma, al verse entre un pasado desvanecido, un presente que se le acaba, y un porvenir lleno de oscuridad y de tinieblas. Nada hay estable al redor del moribundo; ni sus bienes, ni su casa, ni su familia, porque todo, todo le abandona. Es preciso que emprenda su viaje, solo, por un mundo desconocido; que luche solo contra las angustias de la agonía; porque la ciencia es impotente, los cuidados superfluos é inútiles las lágrimas: la hora de la muerte ha sonado, y es preciso sucumbir.

¿De dónde vendrá el socorro á esta alma desconsolada? Del Cielo, M. A. H., del Cielo y no de la tierra. ¡Oh moribundo! eleva al Cielo tus ojos é invoca á la que es el Consuelo de los afligidos, porque tu aflicción es extrema: *Consolatrix afflictorum.* Ella sola puede ayudarte

á triunfar en la prueba dura y cruel á que vas á verte sometido: *Levavi oculos meos in montes, unde veniet auxilium mihi.* (Ps. CXX, 1). La Iglesia nos dice que María acude al socorro de los moribundos: dirijámosla, pues, la súplica que ella nos enseña y que tan frecuente debe ser en nuestros labios: *Ora pro nobis in hora mortis nostræ.*

En esta instrucción, H. M., me propongo hablaros de la Santísima Virgen como *Protectora de la buena muerte*, que es uno de sus más bellos títulos. El asunto no puede ser para nosotros más importante, porque no habrá uno solo que no escuche con placer la relación de la venida de tan poderosa libertadora en los momentos terribles por que todos hemos de pasar.

Pero ante todo, postrémonos á sus pies, suplicándole que en hora tan tremenda nos tome bajo su especial protección y maternal amparo, para lo cual diremos con el Angel:

AVE MARÍA.

## PUNTO PRIMERO.

LA SANTÍSIMA VIRGEN ASISTE Á LOS AGONIZANTES. PRUEBAS SACADAS DE LA ESCRITURA.

La Santísima Virgen, que nos concede su protección, durante nuestra vida, acude especialmente á nuestro socorro en la hora de nuestra muerte. Esto es, M. A. H., lo que enseñan las *Escrituras*, afirman los *Santos Padres* y corrobora la *Iglesia*.

El Génesis dice, que hizo Dios dos grandes lumbreras: la lumbrera mayor, para que presidiese al día; y la lumbrera menor, para que presidiese á la noche: *Fecitque Deus duo luminaria magna, luminare majus ut præset diei, et luminare minus ut præset nocti.* (Gen., 1, 16). En ésto hay una figura que se refiere al ministerio de María, dicen los comentadores. Ese astro que preside á la noche es la Madre de misericordia, que viene á alumbrar con su presencia las tinieblas horribles de la muerte, cuando rodean ya á sus devotos. Esta significación simbólica está también apoyada en otros términos análogos. Que la lámpara arda siempre en el tabernáculo del testimonio, dijo el Señor á Moisés: *Ardeat lucerna semper in tabernaculo testimonii.* (Gen., xxvii, 20). Hablando de la mujer fuerte, dice la Sagrada Escritura que su lámpara jamás se apagó durante la noche: *Non extinguetur in nocte lucerna ejus.* (Prov., xxxi, 18). Esa lámpara siempre encendida, así en el Tabernáculo sagrado, como en la casa de la Mujer fuerte, no es otra cosa que la continua vigilancia de María, nuestra tierna Madre, sobre los hijos que el Señor le ha dado. Ella va con nosotros al templo para ayudarnos á dirigir á Dios nuestras fervientes oraciones; Ella nos acompaña en nuestra casa, es decir, en el mundo y en la sociedad que

frecuentamos, para que demos siempre buen ejemplo; Ella ilumina nuestros pasos durante la noche para evitarnos las caídas, y sobre todo en la horrible noche que precede á la eternidad, que entonces es cuando se hacen más vivos sus resplandores. Fundados en estas palabras de la Escritura, los Santos Padres han llamado á María lámpara inextinguible: *Maria est lampas inextinguibilis* (S. Ciril. *Serm. cont. Nestor.*); una lámpara de muchos mecheros: *Lampas multiluca* (S. Teofan., *Hymn. de Annunt.*); una lámpara flamígera que derrama la luz á torrentes entre los que están en tinieblas: *Lampas splendida his qui sunt in tenebris conspicua.* (Buteon., *Hymn. græc.*).

El Arca Santa de la Ley antigua era un emblema de María, que fué la verdadera Arca de alianza, pues encerró en su seno, no un poco de maná con las tablas de la Ley, sinó al autor de la Ley misma, al Verbo eterno. Refiérese también que, cuando los Israelitas querían triunfar de sus enemigos, hacían conducir el Arca en medio de su campo: *Afferamus ad nos de Silo arcam fæderis Domini, et veniat in medium nostri, ut salvet nos de manu inimicorum nostrorum* (I, Reg., iv, 3). Hagamos lo que ellos hacían, á la hora de nuestra muerte, exclama San Bernardo, si en ese último combate queremos triunfar de nuestros invisibles enemigos; busquemos un apoyo en la verdadera Arca de la alianza, en aquella por quien se ha dicho: Es terrible como un ejército de escuadrones ordenado: *Terribilis ut castrorum acies ordinata.* (Cant., vi, 3).

Ya el mismo David, temiendo las angustias de su última hora, confió en la misericordia del Redentor futuro y en la intercesión de la Santísima Virgen: «Aunque anduviere en medio de sombra de muerte, decia el Rey Profeta, no temeré males, porque tú estás conmigo. Tu báculo me fortificará, tu vara me consolará.» *Etsi ambulavero in medio umbræ mortis, non timebo mala, quoniam tu mecum es. Virga tua et baculus tuus, ipsa me consolata sunt.* (Ps. xxiii, 4). El cardenal Hugo, comentando este pasaje, dice que por el báculo debe entenderse la Cruz, y por la vara la intercesión de María, que es la vara á que Isaías se refiere, al decir: *Egredietur virga de radice Jesse.* (Is., xi, 1). En efecto, dice San Pedro Damiano, nuestra divina Madre es esa vara poderosa que ahuyenta los espíritus infernales y protege á sus fieles servidores. La caridad de María para con vosotros, dice San Buenaventura, no se ha desmentido desde que subió á los Cielos, sinó, por el contrario, se ha aumentado, porque desde allí ve mejor las miserias de los hombres.

En el libro IV de los Reyes hay un ejemplo que viene muy bien á nuestro propósito. Una mujer, célebre por su caridad con los Profetas del Señor, había alcanzado, por medio de las súplicas de Eliseo, que Dios le concediese un hijo. El niño creció, siendo las delicias de su madre; cuando hé aquí que un día le ataca una enfermedad violenta. El padre dice entonces á un criado: «Toma el niño y llévalo á su madre.» Y habiéndole él tomado y llevado á su madre, túvolo ella sobre sus rodillas hasta el mediodía, y murió: *Posuit puerum suum mater*

*super genua sua usque ad meridiem et mortuus est.* (IV. Reg., IV, 20) Pero esta muerte no fué larga, M. A. H., porque llegada la tarde, vino Eliseo y lo resucitó: *Paulo post, adventante Elisæo, oscitavit puer septies, aperuitque oculos.* (Id. id. 35).

¡Bienaventurado, exclama aquí el venerable Blossio, bienaventurado el siervo de María que llegue á exhalar su último suspiro sobre las rodillas de esta tierna Madre! Su muerte no será eterna, sinó que resucitará bien pronto á la vida celestial que tiene asegurada. Si un amigo no abandona á su amigo, ¿podrá el hijo verse abandonado por María? Si el Profeta resucita al hijo de la mujer que le ha dado hospitalidad, María, reina de los profetas, *Regina prophetarum*, ¿no ha de resucitar al que Jesús le ha dado como hijo propio desde lo alto de la Cruz? ¡Nó! el verdadero devoto de María no puede perecer: *Fieri non potest ut pereat qui Mariæ sedulus et humilis cultor fuerit.* (Blossius, in *canone Vitæ Spirit.*).

Donde quiera que el Evangelio nos habla de María, nos la presenta cumpliendo algún misterio de caridad. Ella sabía muy bien, por los divinos oráculos, que el Redentor del mundo había de ser una víctima propiciatoria ofrecida por los pecados de los hombres. ¡Cuán terrible sería esta idea para ella, destinada á ser su Madre! Su corazón lleno de caridad y en extremo compasivo para las miserias humanas, encontró en este mismo hecho un poderoso estímulo para aceptar su misión de misericordia, por lo cual se apresuró á responder al Arcángel: *Fiat mihi secundum verbum tuum* (Luc., I, 38): cúmplase en mí según tu palabra. Su prima Santa Isabel necesita de sus cuidados, tanto por su edad como por el estado en que se hallaba; vedla acudir al punto, dejando cuanto le rodea, y cómo atraviesa las montañas para dirigirse á Hebrón: *Exurgens autem Maria in diebus illis abiit in montana cum festinatione in civitatem Juda.* (Luc., I, 39). Simeón le habla de la espada de dolor que un día traspasará su alma: *Et tuam ipsius animam pertransibit gladius* (Luc. II, 35); y ella escucha la profecía sin aterrarse. Al nacer el divino Niño, corrió á ofrecerlo al Omnipotente en holocausto por las culpas de la humanidad; y no contenta con éso, renovaba constantemente en su alma el mismo sacrificio. En Caná ella es la primera que advierte la angustiosa situación de los esposos y los convidados, y pide á su Hijo que los favorezca: *Et deficiente vino, dicit Mater Jesu ad eum: Vinum non habent* (Joan, II, 3). En el Calvario, muestra de tal manera su amor al hombre, que da su Hijo unigénito por la salvación del mundo: *Sic Maria dilexit mundum ut Filium suum unigenitum daret.*

Después que el Divino Salvador asciende á los Cielos, ella continúa su santa misión entre los hombres, rogando por la Iglesia naciente, fortificando la fe de los primeros cristianos, acompañando á San Juan á Efeso, y esparciendo á su paso por todas partes el aroma de su santidad y de sus eminentes virtudes.

Luego si la caridad de María ha sido tan grande para socorrer las necesidades de los hombres, ¿cómo no lo había de ser para acudir en

su ayuda en los momentos en que más necesario es su socorro? Si ha sido el alivio en sus enfermedades, en su escasez la providencia, y el consuelo en sus aficciones, ¿podrá abandonarlos en el instante en que todo los abandona? Si tuvo piedad de ellos durante su vida, ¿cómo no ha de tenerla á la hora de su muerte? Nó, M. A. H.; lejos de faltarles, entónces es cuando María se levanta: *Exurgens Maria*, y parte ligera, dejando su trono y con él la Corte Celestial: *Abiit cum festinatione*, para venir á colocarse á nuestro lado como la mejor de las madres. Entónces es cuando se acuerda de que somos sus hijos, y que como tales le fuimos confiados por el Señor en el monte Calvario, en el momento en que comenzaba su agonía en el santo árbol de la Cruz. Al vernos delante de ella moribundos, con la vista apagada, fríos los miembros, y bañado el rostro por el sudor de la muerte, en todo semejantes á su amado Jesús, cuando le decía: *Ecce filius tuus*, hé ahí tus hijos; al ver esta semejanza de nuestra naturaleza y de nuestra agonía con la del Redentor, ¿cómo es posible que deje de compadecerse la que es tierna y compasiva por naturaleza? Ella permaneció al pie de la Cruz en el Calvario, ofreciendo el gran sacrificio en unión de la Sagrada Víctima: *Stabat juxta crucem Jesu Mater ejus* (Joan., XIX, 25), y del mismo modo permanece al lado del agonizante pidiendo á Dios el perdón de sus culpas: *Ora pro nobis peccatoribus... in hora mortis nostræ*, aplastando la cabeza del dragón infernal que quiere apoderarse de un alma: *Ipsa conteret caput tuum* (Gen., III, 15), y mostrando á ésta la esperanza de una dicha suprema en la eterna vida: *Ego mater sanctæ spei.* (Eccli., XXIV, 24).

«La caridad de María, dice San Buenaventura, no se ha desmentido desde que subió á los Cielos; por el contrario, se ha aumentado, porque desde allí ve mejor las miserias de los hombres.» ¡Y qué miseria más grande, M. A. H., que la del hombre que toca ya á su último fin! ¡Para él la tierra desaparece, el mundo se acaba, la eternidad comienza, y en ella se han de presentar á acusarle los pecados de toda su vida, ante un Dios que le ha de juzgar, pronunciando en el mismo instante su irrevocable sentencia! ¡Oh, Madre amantísima de los pecadores! en ese momento supremo es cuando más necesitamos de vuestra piedad. Abrid entónces los brazos de vuestra inagotable misericordia y recibid en ellos nuestra alma, para presentarla á vuestro Hijo, á fin de que la reciba con bondad y la juzgue con clemencia.

## PUNTO SEGUNDO.

## TESTIMONIOS DE LA TRADICIÓN.

La Santísima Virgen es la Protectora de la buena muerte, así lo atestigua la Escritura y lo enseñan los Santos Doctores. «¡Oh Virgen Madre de mi Dios, exclamaba un Santo, guardad mi pobre alma en su hora suprema y apartad de su vista el tenebroso espectáculo de los horribles demonios que tratarán de asaltarla!» *Virgo Dei genitrix; in extremo vitæ articulo miseram meam animam conserva, et tenebrosos atque horridos pessimorum demonum aspectus ab ea procul repelle* (San Ephrem, *orat. ad Virg.*). «Tan viva, dice San Ambrosio, como es la alegría de los marineros, que, después de perder el rumbo en una horrible tempestad, vagan errantes sobre las olas, sin saber á donde dirigirse, si ven de pronto aparecer el iris de bonanza ó la estrella polar que ha de guiarles al puerto; tan grande será nuestra esperanza, cuando en las luchas de la agonía y en medio de los combates que tendremos que sostener contra los demonios, contra los dolores de nuestro cuerpo y las angustias de nuestra alma, se nos aparezca la que ha merecido entre otros nombres el de Estrella del mar.» (*In Nativ. Virg.*).

¡Oh Santísima Virgen María, socorred á los desgraciados, ayudad á los débiles, consolad á los que lloran! Tal era la oración de San Agustín, oración que por lo patética ha merecido que la Iglesia la adopte para su liturgia: *Sancta María, succurre miseris, juva pusillanimes, refove flebiles.* (*In Serm. 8. de Sanctis.*). Y bien; ¿quién es más desgraciado, quién es más debil, quién puede estar más afligido que el agonizante? Luego para el infeliz que se halla en esta situación era para quien invocaba la misericordia de María el grande Obispo de Hipona.

La Bienaventurada Virgen, dice San Jerónimo, no solamente acude al socorro de los moribundos, sinó que sale á su encuentro, y se encarga de presentar sus almas en el tribunal de Dios: *Morientibus beata Virgo non tantum succurrit, sed etiam occurrit.* (*Ep. 2, ad Eustoch.*).

San Buenaventura añade: El Arcángel San Miguel, con los príncipes de la milicia celeste, corren á la órdenes de María, para proteger y recibir en el momento de la muerte aquellas almas que tienen especial y constante devoción á esta Madre tan llena de misericordia: *Michael dux et princeps militiæ cælestis, cum omnibus administratoriis spiritibus, tuis, Virgo, paret præceptis, in defendendis et suscipiendis de corpore animabus fidelium, specialiter tibi, Domina die ac nocte se commendantium.* (*In Spec. B. M. V., I, 3.*) «La bienaventurada Virgen asiste á los agonizantes,» ha dicho también San Vicente Ferrer: *Beata Virgo ani-*

*mas morientium suscipit.* (*Serm. de Assumpt.*). Sale al enuentro de las almas y las presenta en el tribunal de Dios.

Léese en las *Revelaciones* de Santa Brígida, que un día la Santísima Virgen la dijo, hablándola de los que han sido sus devotos durante la vida: «Yo, que soy para ellos su Amada y su Madre, voy á buscarlos á la hora de su muerte para ser su consuelo y su fortaleza.» (*In Revel.*).

Estos testimonios, H. M., están confirmados por muchos y célebres ejemplos. Todos vosotros habréis oído hablar de las maravillas del Apóstol del Velay, San Francisco de Regis, cuya devoción á la Virgen fué tan tierna como fervorosa desde sus primeros años. Hé aquí lo que refiere la historia de su vida, con relación á sus últimos momentos.

Sintiendo que su fin se acercaba, permaneció todo el día 3 de Diciembre en una calma completa, con los ojos afectuosamente fijos en un Jesús crucificado, única cosa que ocupaba su pensamiento. A la caída de la tarde, viéndose ya á las puertas de la eternidad, se le vió entregarse á una alegría extraordinaria, y poco antes de media noche el Cielo se abrió á sus ojos apareciéndosele Jesús y María, y vió que le invitaban á ir á recibir en el Cielo la corona inmortal de gloria. Esta aparición celestial le entusiasmó de tal modo, que no fué dueño de dominar sus trasportes de júbilo. Entonces, volviéndose hacia uno de los hermanos, que estaba cerca de él, le dijo, como si saliese de un éxtasis profundo: «¡Qué felicidad, mi querido hermano, y cuán contento muero! Veo á Jesús y María que se dignan venir á buscarme para conducirme á la mansión venturosa de los Santos.» Un momento después, juntó las manos, y elevando al Cielo los ojos, dijo en alta voz de una manera clara y distinta: «Jesucristo, mi Salvador, yo os encomiendo mi alma y la pongo en vuestras manos.» Y al concluir estas palabras, entregó tranquilamente el espíritu.

Ya habéis oído el relato de la santa muerte del apóstol del Velay, donde se ve clara la intervención de Jesús y de su divina Madre. Escuchad ahora el de la muerte no menos interesante del grande apóstol de las Indias San Francisco Javier.

Los que asistieron al heróico misionero en sus últimos instantes, refieren que no cesó de orar ni de hacer vivas y afectuosas aspiraciones, repitiendo con frecuencia: «¡Jesús, hijo de David, ten de mí piedad!» Y después, dirigiéndose á la Reina del Cielo con un amor y una confianza sin límites, le decía: «*Monstra te esse matrem: Mostradme, Señora, que sois mi Madre.*» María, La Virgen misericordiosa y fiel, no abandonó á su siervo, sinó que se colocó cerca de él para alentarle, y le alcanzó la muerte de los justos, mientras pronunciaba estas palabras del Profeta: *In te, Domine, speravi, non confundar in æternum.*

Hé aquí, M. A. H., dos hechos que atestiguan que la Santísima Virgen concede su asistencia á los moribundos. Lo mismo que ha hecho con estos dos Santos, que fueron sus verdaderos devotos, hará